

La experiencia de Cristo en Ignacio de Loyola

Peter Hans Kolvenbach, SJ
«Decir... al "indecible"»
Colección Manresa, 20

¿Qué dice Ignacio de Jesús? ¿quién es Jesús para Ignacio? Desde la convalecencia de Loyola le sorprende y le seduce el Cristo servidor. Ignacio le descubre plenamente como a su Dios, Uno de la Trinidad, «Eterno Señor de todas las cosas», que obra y trabaja en todas ellas, unido con el Espíritu y con el Padre.

Viviendo bajo el Espíritu, se experimenta llevado y conducido por Él a Jesucristo y a la Iglesia inseparablemente. Se moverá en una cristología de lo visible. Y caminará sumergiéndose en lo concreto del seguimiento de Cristo con el corazón proyectado al infinito de Dios. Esponjado por «lo máximo», y viviendo «lo mínimo».

En la selección de «misterios» de sus Ejercicios se revela aprendiendo a caminar y caminando con el Cristo que sube a Jerusalén, el Cristo de la Pascua, el Pantocrátor, que ha elegido, por amor, ser llevado a la cruz. Este amor «loco» de Dios por el hombre, contemplado en el Hijo, pone a Ignacio definitivamente en la perspectiva de elegir lo que Cristo ha elegido, la «sabiduría» de Dios, que es, desde el mundo, «locura».

Como compañero de Jesús, se une a Él viviendo las «elecciones» que Cristo ha hecho para colaborar con Él en salvar al mundo. «Anunciar la Buena Noticia de la gloria de la Trinidad (...) significa asumir, en seguimiento de Uno de la Trinidad, el Evangelio del amor que se mide en la cruz». En la perspectiva de este centro, «en medio», del Verbo encarnado crucificado-resucitado, que es «Todo mi Dios»,¹ da Ignacio su respuesta a la pregunta inicial: –Y tú, ¿quién dices que soy yo?

Un día, en los alrededores de Cesarea de Felipe, en Palestina, Jesús dirigió una pregunta a un grupo de doce hombres: «Ustedes, quién dicen que soy yo? Es una pregunta clara y precisa, que también hoy nos interpela. A decir verdad, primeramente Jesús había preguntado una cosa más simple: qué decía la gente de Él. Los Doce podían entonces limitarse a referir respuestas convencionales. Pero a Jesús no le interesaban rumores o slogans, ni mucho menos fórmulas cuidadosamente sopesadas por teólogos de profesión. En lo que insiste es en su deseo de recibir de nosotros una respuesta auténtica, que comprometa todo nuestro ser. Esta respuesta tampoco debería ser ocasión para decir cosas verdaderas, pero aprendidas de otros, repetidas en los libros. Se trata de hablar en verdad: «Y tú, ¿qué dices tú?

Hojeando el libro de 2000 años de historia del cristianismo, encontramos una cantidad innumerable de respuestas personales, nuevas y sorprendentes. A veces se ha hecho notar que la figura de Buda, ilustrada por miles de imágenes y estatuas, conserva, sin embargo, siempre los mismos rasgos, mientras que reina una desconcertante variedad en los esfuerzos por trazar el rostro de Cristo. No sólo un Miguel Ángel y un Dalí, un pintor de iconos y un escultor de una catedral medieval, parecen no tener nada en común cuando intentan hacer visible el rostro del Verbo encarnado, sino que, tratándose de la experiencia personal del encuentro con Jesús, sobre todo los santos y santas han comunicado un modo personal y particular de responder a la pregunta de Jesús: «Y tú, ¿qué dices tú?»

Sin duda, «uno solo es su maestro, Cristo», pero su persona es tan rica y su personalidad tan inagotable que es imposible reducir su rostro a una única expresión; es posible, por el contrario, dejarse tomar por este o aquel rasgo particular del tesoro de la Buena Noticia, que es

¹ *Diario*, 97.

Cristo. Puede ser el pobre para Francisco de Asís, el Señor omnipotente para el Oriente bizantino, el Esposo amado para la escuela carmelitana, o el Siervo sufriente para una comunidad de base de América Latina. Se trata siempre de una respuesta nueva a la misma pregunta que hace la persona de Jesús. En este concierto espiritual es donde se coloca el Cristo de Ignacio de Loyola.

1. Jesucristo, el Dios a quien hay que servir

En un primer período de su vida, Iñigo López de Loyola, nacido en 1491, se contentaba con ser un joven refinado y alegre, amante de los vestidos elegantes y de la buena vida, pero, como buen vasco, fuertemente arraigado en una fe que le hacía repetir lo que en su entorno se decía de Jesús. Para una respuesta personal, Jesús se sirve de lo que acontece el 24 de mayo de 1521, en Pamplona. La ciudad española se despierta aquel día al toque de una trompeta francesa que propone una capitulación honorable. Los soldados franceses son numerosos y la guarnición española, sin paga desde hacía 18 meses, es poco segura; pero don Iñigo de Loyola se impone, porque una guarnición española no se rendirá nunca, sin resistir, a los invasores franceses. Durante el mortal duelo de artillería en torno a la ciudadela de Pamplona, Iñigo se coloca en los puntos más arriesgados, para regular y rectificar los tiros, hasta el momento en que, después de seis horas de fuego, una bala, que ha rebotado en una muralla, hiere su pierna derecha por debajo de la rodilla.

El herido insiste en volver a su castillo, en Loyola, donde la curación se presenta larga y dolorosa. Para distraerse pide algún libro de lectura. Acostumbrado a sumergirse en las novelas elaboradas en torno a los temas de caballería, se da cuenta con gran disgusto de que la biblioteca sólo le ofrece la «Vida de Cristo» y un libro sobre la vida de los santos en castellano. Atraído, no obstante, por la «Leyenda áurea» de la caballería santa del dulce capitán, el príncipe eterno Jesús, Iñigo comienza a descubrir la llamada de otro rey y se detiene a reflexionar.

Nadie se convierte a un libro, sino a aquello que un libro le hace descubrir. Y la lectura, que excita la imaginación de Ignacio convaleciente y le hace soñar por espacio de dos, tres y cuatro horas, sin que se dé cuenta, por una parte le propone todo lo que debe hacer en servicio de una cierta dama de alta condición; por otra, lo incita a colocarse al servicio de Jesús para hacer las grandes cosas que caracterizaron a San Francisco de Asís y a Santo Domingo de Guzmán. Los sueños mundanos le fascinan, pero le dejan un sabor de vanidad, de tristeza y de vacío. La seductora alternativa del servicio de Jesús le deja gozoso y contento, como si su vida encontrase en ello la propia realización.

En esta diversidad de resonancias que se agitan en él, y en el creciente discernimiento del servicio que ha de realizar, Ignacio descubre progresivamente a Jesucristo todo entero como su Dios. De hecho, precisamente en la experiencia de falta de sentido, de hastío de la existencia y de alegría de vivir al servicio de Jesús, se realiza el encuentro con Cristo. La novedad de Ignacio no será la confesión de su fe cristológica –que será la de la Iglesia–, sino una visión de Jesús inseparable de su servicio en lo concreto de la acción cotidiana, apostólicamente orientada, y un estilo de vida, que lleva el sello de una respuesta a la pregunta de Jesús. Una respuesta transformada en una triple interrogación, que debe conducir al servicio de la misión de Jesús: qué he hecho por Cristo, qué hago por Cristo, qué debo hacer por Cristo, el cual de Creador se ha hecho hombre, ha pasado de la vida a la muerte, en cruz, por mis pecados [53].

2. Cristo, «Uno de la Trinidad»

Esta experiencia inicial de Ignacio se enriquece después con la inmersión en la vida con Cristo, en el serle compañero en el sentido más realista de un «puro servicio de j Padre» guiado en todo por el Espíritu. Si queremos identificar en tal experiencia los rasgos de Cristo que Ignacio ha visto y ha vivido, se nos impone, ante todo, Cristo como Uno de la Trinidad.² Desde el principio de su experiencia de Dios sin duda bajo el influjo de la «Vida de Cristo» escrita por Ludolfo el Cartujano (muerto en Estrasburgo hacia 1377), Ignacio descubre a Dios-Trinidad.

Su gran devoción a la Trinidad Santa está caracterizada por una creciente familiaridad, en la que se inserta siempre un espíritu de reverencia ante la Majestad divina. Esta atracción trinitaria no será, como en la tradición monástica, un reposar abandonándose a los misterios de la contemplación de la gloria de Dios, sino que para Ignacio se transforma en una contemplación de todas las cosas creadas, a partir de su fuente creadora y vivificante, que es la Trinidad.

Probablemente Ignacio ha sido el primero en la historia de la espiritualidad cristiana en ver a la Trinidad como el «Dios que trabaja y labora» [236], como el Dios trabajador, que continúa llenando el universo y suscitando activamente su vida en todas las cosas [235–237] para la salvación de la humanidad. Si el monje contempla en espíritu, Ignacio trabaja en espíritu, adhiriéndose con todo el corazón al designio de la Trinidad, ofreciéndose por la sinergia con la Trinidad para que su obra sea a gloria de la Trinidad. Así la atracción trinitaria en la devoción de Ignacio quiere arrastrar a la humanidad entera. Su devoción busca sólo a Dios, pero no sólo para sí, sino también para todos sus hermanos y hermanas, a fin de que las cosas creadas –no malas en sí mismas, pero frecuentemente desviadas de su fuente y origen por el hombre–, retornen con nosotros a su sentido divino.

En tal perspectiva trinitaria Cristo viene de Dios. Basta examinar la semántica de Ignacio para constatar que las denominaciones cristológicas giran en torno a Cristo nuestro Señor, Jesucristo, el Cristo, el Señor, el Verbo eterno, mucho más raramente Jesús, y de este modo Ignacio rehúsa ver a Jesús de otra manera que en su Majestad de Señor, Uno de la Trinidad. Así, la gloria que rodea de esplendor a Cristo no es solamente la gloria del prestigio de un jefe extraordinario o la aureola de un excepcional maestro de espíritu, sino la gloria del «eterno Señor de todas las cosas» [98]. Esta gloria no será nunca separada o disociada de la plenitud del ser divino que lo une con Dios Padre. Poco importa que esta divinidad esté escondida en el pesebre o en la cruz; poco importa que, por el contrario, resplandezca en su palabra o a la derecha del Padre: Jesús es, para Ignacio, el Señor, el Rey eterno, porque es el Verbo de Dios.

En consecuencia, Ignacio no conoce la distinción entre el Jesús de la historia y el Cristo de la fe. Esto no excluye de ninguna manera la intensa pasión de Ignacio por todo lo que hace referencia al Jesús histórico, sus palabras y sus gestos, su estilo de vida y el lugar donde habita; sino que todo sirve para alcanzar a Aquél que él no cesa de amar y alabar en su Majestad de Señor eterno. Así, Jesús no será nunca, como hoy dicen algunos, una voz entre tantas voces de maestros

² *Diario*, 63: «...mas en esta misa conocía, sentía o veía, Dominus scit, que en el hablar el Padre en *ver que* era una persona de la Santísima Trinidad, me afectaba a amar toda ella, cuánto más que las otras personas eran en ellas esencialmente, otro tanto sentía en la oración del Hijo».

espirituales, de sabios o de profetas, sino la voz, la luz, la verdad, porque Jesús está, como ningún otro, en la condición única de Uno de la Trinidad.

Dado que el Cristo de Ignacio es Uno de la Trinidad, está siempre unido con el Espíritu. Como en la cultura occidental moderna, ya en el siglo XVI existía la tentación de liberar al Espíritu de su anclaje cristológico, retrotrayéndose a la convicción de Pablo de que el Señor es el Espíritu.³ En este campo Ignacio se muestra prudente.

No puede olvidarse de la penosa experiencia vivida en 1527, en Salamanca, donde fue arrestado y encarcelado como alumbrado, como uno de los iluminados que se creían inspirados únicamente por el Espíritu. «Vosotros no sois letrados, dice el fraile, y habláis de virtudes y de vicios; y desto ninguno puede hablar sino en una de dos maneras: o por letras o por Espíritu Santo».⁴ Ignacio calla, porque, si dijese que estaba iluminado por el Espíritu, se movería sobre un terreno peligroso, pudiendo caer en las hogueras encendidas por la Inquisición para apagar la voz de estos «iluminados» por el Espíritu.

Ignacio quiere vivir bajo el Espíritu, aun consciente de lo trabajoso que es, con frecuencia, discernir lo que el Espíritu inspira y cuánto puede uno dejarse manipular, ideológica o religiosamente, sobre todo cuando la confianza en el Espíritu conduce a la marginación de la cristología y consiguientemente de la eclesiología. Extremadamente sensible al misterio del Uno de la Trinidad, que se ha hecho carne, Ignacio descubre al Espíritu no ya como un espíritu puro, que obra en un espacio ilimitado, sino siempre como el Espíritu que tiende, desde la anunciación hecha a María, a la persona de Cristo y, en un mismo movimiento espiritual, al cuerpo de Cristo que es la Iglesia. De este modo la experiencia espiritual de Ignacio se inserta en la dialéctica del Espíritu y del cuerpo de Cristo, de un Espíritu que forma y continúa formando el cuerpo de Cristo, inspirando en la concreción de nuestra vida, aquí y ahora, las elecciones y las orientaciones, las de Cristo, para hacernos cristiformes.

En su experiencia de fe, Ignacio descubre que, entre lo que el Espíritu me dice en el fondo de mí mismo y lo que el Evangelio y la Iglesia me dicen desde fuera, puede darse un conflicto y una tensión que sólo pueden ser temporales y aparentes, porque en último análisis es el mismo Espíritu el que profiere en mí su palabra iluminante, única e irrevocable, y el que, en un mismo movimiento, guía e ilumina a la Iglesia.

Compañero de Jesús en su Espíritu, Ignacio sabe que no debe ser nunca enteramente racional, un calculador que todo lo racionaliza, sino que debe permanecer abierto a la impetuosidad de un Espíritu que sopla dónde quiere para realizar la obra de Cristo: abierto al entusiasmo, a lo bello y a lo nuevo que el Espíritu no deja de suscitar en el cuerpo de Cristo, que es la Iglesia, haciendo incesantemente nuevas todas las cosas.

Se sigue de esto que Ignacio se mueve en una cristología de lo visible. Si el Espíritu me mueve, es el aspecto visible de la vida terrestre de Cristo el que me permite verificar la autenticidad de esta moción del Espíritu. A esta cristología de lo visible pertenece también el cuerpo de Cristo que es la Iglesia. Ignacio no puede concebir una separación, ni ver una oposición entre la Iglesia carismática y la Iglesia institucional; la Iglesia toda entera es donde el soplo del Espíritu crea el cuerpo de Cristo, la esposa, con su Jerarquía y su autoridad, con su gracia y su ley, con su alegría pascual y su cruz, con su entusiasmo carismático y su razón institucional, con su

³ 2Cor 3,17.

⁴ *Autobiografía*, 65.

Cristo y su Vicario de Cristo: es el mismo Espíritu el que inspira y conduce hacia la verdad toda entera.⁵ Esta aproximación fue llamada por los Padres de la Iglesia una «sobria embriaguez» y por Ignacio una «razón espiritual», la razón humana que descubre a Cristo, iluminada por la luz de la fe en el Espíritu.

Pero lo que es verdad para el Espíritu es verdad también para el Padre, con el que Cristo está unido en Trinidad. De nuevo, en su experiencia en el Espíritu, Ignacio no puede concebir un Jesús separado de su Padre. Pero el acceso al Padre, siguiendo la tradición de la devotio moderna, lo encuentra Ignacio en los hechos y en los gestos de Jesús, descubriendo en ellos otras tantas teofanías, creyendo que todas las escenas de la vida de Jesús son otros tantos misterios que hablan y revelan el misterio mismo de Dios.

3. Cristo en camino hacia la cruz

Es lo particular lo que expresa lo que es Dios, el Padre de Jesús y nuestro Padre;⁶ es lo particular el único camino hacia el conocimiento de lo universal, ¿Cómo condensar en una fórmula lapidaria esta visión ignaciana? En un libro publicado en el año 1640, un autor, puesto a discurrir, talló esta máxima: «Non coergeri a maximo, contineri tamen in minimo, hoc divinum est». La traducción no es muy fácil, pero el sentido es éste: «No dejarse limitar por lo más grande y, sin embargo, saberse contener en lo más pequeño, es cosa divina». En nuestra perspectiva esto significa: vivir en la dimensión de lo universal y, sin embargo, actuar en lo particular, es divino.

Es el misterio de Cristo, porque Aquél que es el «máximo» más allá de toda frontera posible, la incoercible Majestad de Dios, la divina Majestad que no puede ser coartada ni obstaculizada por nada, se encuentra en lo «mínimo» de la carne y del corazón del Verbo encarnado en un lugar preciso del Imperio Romano, en un tiempo preciso de nuestra historia. En esta visión del misterio de Cristo, Ignacio señala una línea de conducta: en seguimiento de Cristo sumergirse en el trabajo concreto, según nuestras posibilidades y nuestras fuerzas, Pero con un corazón tensado hacia el infinito de Dios, que hace presente, en el «aquí» y el «ahora», los amplios horizontes de su designio de salvación.

En su lectura de lo particular en que se revela lo universal de Aquél que es Uno de la Trinidad, Ignacio tiene sus preferencias. Así, partiendo de la llamada que ha escuchado, elige aquellos pasajes de los Evangelios que se adaptan mejor a su particular perspectiva y que forman, por así decirlo, un Evangelio según Ignacio. Examinando de cerca la selección hecha por Ignacio, se advierte enseguida que su Cristo está siempre en movimiento. Está en estado de «pascua», es decir, según la etimología del término, está constantemente «de paso», pasando de ciudad en ciudad, de pueblo en pueblo, hasta el cumplimiento del gran Paso –la Pascua–, en el que «pasa» por nosotros de una muerte cruel y vergonzosa a la alegría de vivir para siempre. Contemplar al Señor, Uno de la Trinidad, en movimiento, en camino, es una llamada a ponerse en un camino en el que Él será nuestro compañero.

Así, para comprender la cristología de Ignacio, es necesario entrar personalmente en el movimiento que ella delinea. Incluso, cuando Ignacio nos invita a contemplar los misterios de la infancia de Jesús Con simplicidad de corazón, su mirada contemplativa lo encuentra todo en

⁵ *EE.EE.*, 365.

⁶ Jn 20,17.

movimiento: María y José siempre en camino con, y por, el Niño; ángeles, magos y pastores llegan y se van para saludar a Aquél que es enviado por Dios, su Padre, y que, durante treinta años, continúa avanzando y progresando para cumplir su misión de enviado [111–117; 262–272].

En cuanto misionero de la Buena Noticia de la venida del Reino de Dios, Padre suyo y Padre de todos los hombres, Cristo emprende su subida a Jerusalén. Los dieciséis misterios escogidos por Ignacio para señalar tal subida nos hacen encontrar al Señor en plena actividad. En este camino las «penas» parecen no existir; la cruz, en él, nunca es anunciada; solamente en el último misterio observa Ignacio que en Jerusalén «no había quien lo recibiese» [288].

Es el icono del Pantocrátor el que guía la selección que propone Ignacio: cinco pasajes del Evangelio revelan su gloria de Hijo de Dios; otros cinco ponen de relieve su milagroso obrar divino; dos más revelan su poder sobre el pecado; dos hacen oír cómo habla con autoridad divina, y dos, finalmente, en los que son enviados los apóstoles a continuar por los caminos del mundo la misión del Señor.

Después, bruscamente, el Pantocrátor desaparece y su icono se oscurece. Siempre es un camino que hay que recorrer y en el que reina una gran actividad, pero el Señor se ve condenado a una repentina pasividad sufriente, que le priva de todo y de todos. Incluso, en el plano puramente lingüístico, Ignacio señala este cambio «kenótico» no usando más el nombre, sino designando al Señor por medio de un simple «él». Quien, hasta aquí, desarrollaba una extraordinaria actividad en palabras y en gestos, como Uno de la Trinidad, se convierte en el sujeto gramatical de un verbo pasivo: «Es llevado a Anás» [291] o, con más frecuencia, en el objeto gramatical, complemento, de un verbo activo: «Lo sacó fuera en presencia de todos» [295].

Ya no es el Señor quien traza su camino; ahora son los otros los que le arrastran de un lado para otro, por un camino «de pruebas, angustias y dolores», y la omnipotencia divina se revela ahora en la impotencia humana. Se trata de una selección que Ignacio ha hecho, atraído por este misterio desconcertante. Los evangelistas nos revelan un Cristo más activo, que no cesa con su palabra y con su silencio de denunciar la injusticia con que es tratado.

El punto de vista de la contemplación ignaciana de este camino de cruz es claramente lo que Cristo padece y no hace: su no–respuesta al proceso, su no–reacción a las provocaciones y malos tratos. Es verdad que Jesús lleva la cruz, pero Ignacio añade inmediatamente «no pudiendo llevarla» [296]. La divinidad de Aquél que es Uno de la Trinidad «se esconde» [196] repite Ignacio, que no duda en ver, ya en la kénosis, que el Evangelio de la infancia testimonia –el Verbo, como aquel que no habla (infans)– el anuncio de la impotencia, ahora libremente sufrida, en los misterios de la pasión: «Caminar y trabajar para que el Señor sea nacido en suma pobreza y, a cabo de tantos trabajos de injurias y afrentas, para morir en cruz» [116].

Ignacio no busca, de hecho, una especie de reducción a sentimiento de la adhesión a Cristo y ni siquiera plantea el problema del sufrimiento humano y de la muerte. Toda su mirada está dirigida al «anonadamiento» de Cristo, que sufre, de este Uno de la Trinidad, el Creador y Salvador, que padece la vergüenza de un patíbulo y el odio de su pueblo. La divinidad se esconde, pero no en una pura negatividad. Hay un «porqué», que Ignacio descubre en toda una serie de «por», que indica el sentido del camino que el Señor ha elegido. Uno de la Trinidad ha sufrido por nosotros, por mí, por mis pecados, para llenar de su presencia divina el sufrimiento humano, para salvar al género humano, y esto por amor.

Cristo no ha cesado de combatir el sufrimiento, que ha considerado siempre como una desgracia, y lo ha sentido en sí mismo con tal angustia que en el huerto de los Olivos sus «vestiduras estaban llenas de sangre» [290]. Ninguna palabra de los evangelistas sacraliza la desgracia, pero es la compasión de Cristo, que sufre «con» nosotros y «por» nosotros, la que santifica el sufrimiento. Comprometido en este camino de amor por nosotros, Cristo no abandona nunca su misión, no se retrae y no vuelve nunca sobre sus pasos cuando debe triunfar del sufrimiento a través del sufrimiento.

La radicalidad con que Ignacio nos propone a este Dios, que sufre y que muere, consiste menos en poner de relieve el dolor y el sufrimiento; que en insistir sobre la elección desconcertante que Dios ha hecho por nuestro amor. Aquí Ignacio, en su experiencia de Cristo, conoce nuestra resistencia instintiva, nuestro rechazo casi visceral. «Ser (Cristo) todo mi Dios», escribirá en su diario espiritual,⁷ bien consciente de nuestra tendencia a hacernos un Cristo a nuestra medida, que legitime nuestro rechazo a acompañarlo en su camino, adondequiera que Él vaya, sabiendo que sus caminos no son los nuestros.

En este sentido debemos rendirnos a la evidencia: en un primer momento Cristo ha desilusionado a Ignacio. De Aquél que tiene todo poder en el cielo y en la tierra y que es por siempre el rey del universo, Ignacio, extremadamente sensible a todo lo que es grandeza y honor, habría esperado una empresa evangelizadora de gran éxito por el bien del mismo Dios. Por el contrario, encuentra en el Hijo de Dios el hombre por quien sobreviene el escándalo. Cristo puede entusiasmar a las muchedumbres, movilizar una «élite», es capaz de soportar fatigas y peligros, gracias a un combate brillante, que termine con una magnífica victoria. También Ignacio sueña lo extraordinario y lo espectacular, sin duda únicamente para la mayor gloria de Dios. Pero éste no es el camino que Cristo ha escogido. Anunciará el advenimiento del Reino «en la pobreza, en la humillación y en la cruz».

A Ignacio, a diferencia de otros maestros de la vida espiritual, no parece interesarle lo que sucede en el alma de Cristo, su oración y sus sentimientos. Lo que cuenta para él es la elección que Cristo hace de su ruta, de su camino pascual. Éste va trazado enteramente por una dinámica voluntaria hacia una condición humana precaria y rechazada. Tal elección es tanto más sorprendente cuanto que Jesús pertenecía a un estrato de la sociedad que, sin ser ni acomodado ni miserable, disponía de un nivel de vida modesto, pero suficientemente seguro.

Por el contrario, el Hijo del hombre ha escogido real y libremente el último puesto, caminando en sentido contrario al impulso que nos arrastra a todos a subir cada vez más, alejándonos de los marginados y rechazados, de los extranjeros y de los pobres de toda clase. La cruz es el resultado de esta elección. Y éste es el motivo por el que Ignacio, escribiendo frecuentemente sobre la Pasión del Señor puede servirse de una extrema sobriedad de tono: nada de lírico, ningún vuelo, porque en el fondo la cruz no dice la muerte, sino que es símbolo de la parte que Uno de la Trinidad ha elegido. En todo el realismo del acontecimiento del Calvario, lo que Ignacio privilegia, sobre todo, es la elección llena de amor de Dios. Por eso habla del Creador y Señor crucificado.

⁷ *Diario*, 97: «me parecía en espíritu viendo que primero había visto a Jesús, como dije, blanco, id est, la humanidad, y en este otro tiempo, sentía en mi ánima de otro modo, es a saber, no así la humanidad sola, mas ser todo mi Dios, etc., con una nueva efusión de lágrimas y devoción grande, etc.»

4. Ignacio, imitador de Cristo para gloria de Dios

El 15 de noviembre de 1537, al norte de Roma, en una localidad situada en la vía Cassia, que aún hoy se llama «La Storta», Ignacio encuentra en una visión a su Cristo. Ignacio tiene la certeza de que Dios Padre lo coloca con su Hijo, que lleva la cruz, como compañero en su camino pascual. Entonces ve consolado a Cristo «en medio», en el último puesto que se ha escogido y en el primerísimo puesto en alto, que es el suyo. No ha sido Jesús quien ha inventado el último puesto: son los hombres los que, desde Caín en adelante, lo han preparado para los sucesores de Abel. El último puesto está en la frontera de lo inhumano, más acá del hombre.

Ignacio se adhiere a esta adscripción social de Cristo entre aquellos que son condenados a la miseria, explotados, privados de toda libertad. E incluso en este último puesto, el rostro de Jesús remite de nuevo a su misterio y deja transparentar su divinidad. Para Ignacio se trata siempre del Verbo encarnado en la plenitud de su soberanía. A esta luz pascual desconcertante Ignacio se atreve a proponer la elección de Cristo, sabiendo por experiencia personal cómo el último puesto, despreciado y repugnante, nos disgusta absolutamente.

Si este loco amor del Señor por el hombre le ha incitado a escoger la locura y el escándalo del último puesto, mortificante y crucificado, el compañero de Cristo no puede sino presentarse como un loco por Cristo, si el servicio de la gloria de Dios lo quiere escoger.

«Yo quiero y elijo, por imitar más actualmente a Cristo nuestro Señor, pobreza con Cristo pobre que riqueza, oprobios con Cristo lleno de ellos que honores, y deseo más ser estimado por vano y loco por Cristo, que primero fue tenido por tal, que por sabio ni prudente en este mundo» [167].⁸

Elegir lo que Cristo ha elegido. Pero como Cristo ha hecho esta elección para cumplir –por amor– la misión que Dios, su Padre, le ha encomendado, tampoco Ignacio quiere hacer esta elección por iniciativa propia, sino sólo si Cristo lo llama a elegir el último puesto, para servir más a la alabanza de Aquél que tiene en todo el primer puesto, su Divina Majestad. La iniciativa pertenece al Señor, que actúa «aquí» y «ahora» en su Iglesia, su pueblo, y en los acontecimientos del mundo.

El compañero de Jesús desea unirse a Cristo, que se fatiga por conducir a todos y a todas al Padre, por llevar a todo lo creado a su plenitud, por la vía de realizar una y otra vez de nuevo las elecciones que Cristo ha hecho, para colaborar con Él en la salvación del mundo. Por medio de esta elección, el compañero de Jesús es invitado a colocarse activamente en este «medio» que es para Ignacio Cristo, alcanzando lo universal de la Trinidad que lo habita, afinando lo más auténticamente «cristiano» que hay en él.

En su encuentro personal con Cristo, Ignacio se ha rendido por fin a la evidencia de que anunciar la Buena Noticia de la gloria de la Trinidad, en una humanidad que tiene de la gloria un sentido enteramente contrario, significa asumir en seguimiento del Uno de la Trinidad el evangelio de la cruz, que no es querer sufrir y morir por encima de todo, sino vivir, ante todo, plenamente muriendo a sí mismo para colocarse al servicio de Cristo en todo, incluso a riesgo de ser considerado, como Él, un loco, para que la gloria de la Trinidad resplandezca en la vida de nuestros hermanos y hermanas, e ilumine finalmente la historia, que está llena ya del Espíritu de

⁸ Cf. *Const.*, 101.

Cristo actuando en ella. Esta gloria pascual comunicará el optimismo típicamente ignaciano a una gran variedad de vocaciones y misiones, por medio de las cuales locos y locas por Cristo participan de la revelación del amor loco de Dios encarnado en la persona y en las elecciones de Cristo, Uno de la Trinidad, crucificado.

Así responde Ignacio a la pregunta de Jesús: «Y tú, ¿qué dices de mí?». Habiendo visto y vivido en todos los misterios de la vida de Cristo nuestro Señor la luz gloriosa del Verbo encarnado, que resplandece en el Crucificado– resucitado, Ignacio responde con una pequeña frase en su Diario espiritual: ser todo mi Dios. Tú, tú eres enteramente mi Dios.⁹

⁹ *Diario*, 87.